

Por que este hombre en su momento
 quedándose con mano hola sus lágrimas;
 Que se ha hecho el vendido amante el
 apuesto hombre que vive al lado de las
 y con halagadas esperanzas en su pecho.
 ¡Ah! ¡heca bien el sueño! ¡Ah! ¡canta
 tema la gitana!

¡Olvídate en hijo del barón Roberto.
 Y el conde Astolfo que había jurado
 y hecho jurar a su hija que nunca se uniría
 a la familia del barón con la cual nunca
 en jamás se presentaría que hubiera escrito
 el enlace de Luisa con el duque que ella
 siempre se había opuesto.

Astolfo, confiado en el amor que le pro
 testaba el duque, le había puesto de man
 de su origen. Pero para había sido lo
 suficiente para que Astolfo le hubiera
 de su servicio, creyéndole para siempre ha
 querido del castillo.



EL FRATRICIDIO.

LUCIANO MUNOZ.

El primer acto de esta obra se representa en un salón de un castillo. En el fondo se ve un cuadro que representa a un hombre y a una mujer abrazados. En primer plano, un hombre y una mujer se sientan en un sofá. El hombre mira a la mujer con una expresión de dolor y desesperación. La mujer mira hacia abajo con tristeza. En el fondo, se escuchan voces que parecen estar discutiendo o llorando.

Biblioteca Nacional de España
 Madrid, 1880



EL FRATRICIDIO.

I

LA CASITA

Era de noche: la luna se elevaba magestuosa entre un trono de blancas nubes, y con sus plateados rayos, doraba la pequeña fachada de una casita que estaba casi oculta entre un bosque formado de pequeños árboles. En todo aquel lugar reinaba un profundo silencio, el cual sólo era interrumpido por una ligera brisa, que meciendo las ramas de los árboles, remedaba el aliento de alguno que duerme profundamente. A pocos momentos se oyeron á lo lejos las pisadas de un caballo que galopaba con demasiada prisa: el ruido se acercó, terminan-

do á la entrada del pequeño bosque. Una luz brilló en la estancia, la puerta se abrió, y se percibieron dos bultos que se estrechaban.

II

EL RAPTO

Las diez sonaban en un reloj colocado en el costado de una espaciosa sala que el lector conoce; en el fondo de ella se encontraba un magnífico sofá, al frente de un espejo, en el que se dibujaban dos figuras bien distintas; una de ellas era una joven de dieciocho años á lo más: su rostro era bellissimo, y su rubio cabello descendía por su mejillas sonrosadas, en largos rizos; su cabeza estaba reclinada en el seno de otro joven de una fisonomía varonil, pero hermosa, sus brazos estaban entrelazados, y permanecían en un profundo silencio. Estaban dormidos. El ruido ocasionado por el reloj llegando á sus oídos, los sacó de aquel dulce letargo.

—Las diez han dado, bien mío, dijo Carlos (este era el nombre del joven) á Catalina que se incorporaba, hora en que tenemos que separarnos.

—¿Te vas tan pronto? exclamó Catalina con un acento demasiado triste. ¡Ah! qué cruel eres.

—No, bien mío, no me acuses de cruel, cuando bien sabes que no está en mi poder el permanecer por más tiempo á tu lado: sabes también cuán gratas me son las horas que gozo de tu vista, y que disfruto de tus encantos; pero el destino, persiguiéndome me condena á no tener sino ligeros instantes de dicha. ¡Oh, cuán desgraciado soy Catalina! ¿y aún me acusas de cruel?

—Perdóname, Carlos, perdóname si te ofendí; pero sabes cuánto te amo, para dejar de entristecerme cuando te ausentas. Son para mí las horas sin tí, un siglo de amargura, el prado pierde todos sus encantos, y aun la naturaleza parece que llora tu partida.

—¿Y tú me pides perdón, exclamó Carlos, tú que eres la misma virtud, tú que padeces por amarme? No, yo soy el culpable, yo que te he entregado en brazos de la desgracia porque me ames, yo soy el que debo implorar tu perdón.

—¡Ah! calla por Dios, calla, dijo Catalina, y los sollozos le impidieron continuar; ambos se levantaron, se estrecharon tiernamente, el crugido de un beso sonó en la estancia, y Carlos se dirigió hacia afuera.

Catalina quedó sola, inmóvil, y cual si un rayo la hubiera herido; sus hermosos ojos, fijos en el suelo, derramaban copiosas lágrimas, y sus blancos y torneados brazos cruzados sobre su pecho. El ruido de un ca-

ballo que se alejaba la sacó de aquel letargo, y exclamó dirigiéndose á la ventana ¡ya partió! Todo quedó en silencio, cuando un nuevo ruido llegó á los oídos de Catalina, y una puerta se había abierto, un hombre penetró en la habitación. Era éste de una estatura elevada, y todo vestido de negro; se adelantó apresurado y tomó á Catalina entre sus brazos, ella dió un grito agudo y se desmayó.

III

EL SUBTERRANEO

Iba la luna en la mitad de su carrera; un viento suave mecía la cima de los árboles, y sólo se escuchaba el canto lúgubre del buho que vagaba en los aires.

Al través de la arboleda que ya el lector conoce, caminaba un hombre con un bulto á cuestas, era Leonardo: su rostro era macilento, sus anchas cejas venían á unirse sobre una nariz corta y remangada, sus ojos eran pequeños y verdosos, y parecían querer salir de sus órbitas, su mirada era amenazadora, y una risa sardónica aparecía en sus labios gruesos y amoratados; tal era el conjunto de las facciones del hermano de Carlos.

Acostumbrado desde su tierna edad á satisfacer sus menores caprichos, y amando á

Catalina sin haber logrado nunca ser correspondido, no había podido ver con indiferencia que su hermano gozara esta satisfacción, y se había propuesto robarla, en la primera oportunidad que se presentase.

Para este fin procuró á toda costa hacerse de una llave, con la cual pudiera entrar por la puerta del jardín; hecho esto penetró en la casa hasta llegar donde se encontraba Catalina. La robó como antes se ha dicho, y él era quien atravesaba el pequeño bosque con Catalina aún desmayada. Caminó algunas horas por estrechos senderos hasta llegar á un lugar donde algunas ramas cubrían la entrada de una cueva subterránea, tendió su carga sobre el pavimento, separó las ramas, y una abertura se dejó ver; volvió á levantar á Catalina, y se introdujo en aquella mansión de oscuridad.

Pocos instantes después, Catalina recobró el sentido, y se halló en un magnífico lecho con colgaduras de seda, y á su lado Leonardo, que con la mano en la mejilla, esperaba impaciente la hora en que ésta debía despertar de su letargo. La vista de una serpiente hubiera hecho menos impresión en Catalina, que la vista de aquel hombre á quien tanto aborrecía; se incorporó prontamente queriendo salir de aquel sitio, pero él la detuvo con una mano de hierro diciéndole:

—Por fin, estais en mi poder, señora, y no

saldreis sin haber satisfecho mis deseos; si como lo espero, consentís, esta negra habitación se convertirá en otra brillante, y sereis mi esposa, pero si no es así. . . .

Catalina no le dejó concluir, diciéndole:

—No creas, hombre cruel, que tus amenazas me intimidan, mira aquí mi pecho pronto á recibir la muerte, pero nunca consentiré en manchar mi honor: sólo á Carlos he jurado eterno amor, y jamás seré de otro

—Es en vano que os opongais para resistir, exclamó Leonardo, pues una prisión perpetua y un continuado ayuno, os harán desistir de esa heroica firmeza.

—¡Oh! monstruo despiadado, jamás me verás sucumbir á tus horrorosos designios, primero la muerte que ser infiel.

—Bien, bien, prosiguió Leonardo, medidad lo que debeis hacer, yo me ausento, pero nunca lograreis evadiros, pues una enorme piedra cubrirá la entrada, y todos los esfuerzos que hagais para levantarla, serán en vano.

Dicho esto, se alejó demasiado pronto, para que Catalina no pudiera haber visto el lugar por donde había salido.

Quedó sola y meditando cuál debía ser la suerte que la aguardaba en aquella mansión de tinieblas; mas sin embargo, de repente cobró ánimo, y quiso escudriñar si había algún sitio, por el que, aunque á fuerza de trabajo, pudiera escaparse; unos gol-

pes dados en la bóveda la dirigieron, se acercó allí, y á muy pocos momentos escuchó una voz que la llamaba por su nombre.

Era Carlos, pues había reconocido ser suya la voz que la llamaba y no le quedaba duda alguna de que iba á ser libertada, y así llena de júbilo exclamó:

—¡Carlos, Carlos!

Dentro de breves instantes éste descendió, y se hallaban en los brazos uno de otro. Al momento, con gran placer, se dirigieron hacia afuera de aquella mansión de luto.

IV

EL CONVENTO

Iba el sol apenas elevándose en el horizonte, y sus dorados rayos doraban la superficie de la tierra. Los pintados pajarillos gorjeaban meciéndose en las ramas, que débilmente agitaba un viento fresco y agradable. La fragante rosa abría sus rojos pétalos, cubiertos de pequeñas esferas plateadas, que el rocío había depositado en su seno: todo era hermoso en esta mañana.

Por un pequeño prado caminaban contentos Catalina y Carlos, de aquel espantoso sitio, en que la primera debía haber sucumbido al hambre y á la desesperación. Des-

pués de algunas horas de camino, se hallaron á la entrada del pequeño bosque que rodeaba la casa que Catalina habitaba, entraron en ella, y entonces Carlos contó á su amada, por qué extraña casualidad había sabido que su hermano la había robado y conducido á aquel sitio, en que la había encontrado.

—Me alejaba, le dijo, cuando observé que Teodoro mi criado no me acompañaba; retrocedo por averiguar la causa que lo había detenido, cuando lo encuentro que venía hacia mí, le pregunto la causa de su tardanza, y sólo obtengo por respuesta: han robado á la señorita Catalina. ¿Y quién?—Lo ignoro, me respondió Teodoro. Sin averiguar más, me dirijo otra vez á tu habitación, la recorro toda sin encontrarte, salgo precipitado, y al través de la arboleda distingo un bulto; me acerco un poco, y reconozco á mi vil hermano. La desesperación se apoderó de mí en aquel instante, quise acercarme, pero me detuve, temiendo que por no perderte te atravesara antes el impío con un puñal. Considera qué horribles tormentos padecería mi alma; mas de repente me ocurrió un medio, que adopté, y al que debes tu libertad; procuré seguirlo á gran distancia, y averiguar de este modo el lugar á que te conducía.

El, decía yo, alguna vez deberá alejarse, y aprovechándome de su ausencia, libertaré á Catalina sin exponerla á su barbarie.

Llegó por fin al subterráneo, lo ví depositarte sobre el césped, apartar las ramas que cubrían la entrada, y después introducirse contigo, quedando yo solo, y entregado á las más espantosas reflexiones.

Pasé toda la noche en la más terrible angustia, esperando con ansia la venida del nuevo día: llegó por fin, y apenas comenzaban á percibirse los objetos, oí un ruido sordo á la entrada de la caverna, dirigí allí mi vista, y ví á mi hermano que salía, colocando después dos grandes piedras en la abertura; hecho lo cual se alejó con presteza; no perdí ni un momento, y ayudado de Teodoro, logré quitar las piedras que cerraban el subterráneo.

Catalina, después de haber escuchado esta relación, contó también lo que había pasado en aquella noche tan terrible para los dos amantes; y cuando consideró que quedaba expuesta al mismo peligro, dos gruesas lágrimas corrieron de sus ojos, y dijo á Carlos:

—Ya para mí acabó la tranquilidad, pues continuamente me verá asaltada por este hombre á quien tanto aborrezco.

—Nada temas, bien mío, contestó Carlos, en lo sucesivo no me separaré de tí; mañana nos uniremos con indisolubles lazos, y no habrá poder que nos haga separar; por ahora me ausento, pero Teodoro cuidará de tí durante mi ausencia, y pron-

to abandonaremos este sitio, en el que no podríamos vivir con sosiego.

Ambos se estrecharon, y Carlos partió, prometiendo volver en esa misma tarde.

V

EL CASAMIENTO

Iba el sol á ocultarse en el ocaso, y con sus últimos rayos doraba las nubes que, rodeando al occidente, presentaban á la vista un vasto incendio.

Las aves gorjeando saltaban en las ramas, buscando el pequeño nido que abrigaba á sus hijuelos, y en el que debían permanecer durante la noche.

El reloj de la pequeña casa daba las seis, y un magnífico carruaje se paraba ante la puerta: Catalina se presentó á la ventana, y vió bajar de él á Carlos, que daba la mano á una señora de edad avanzada, pero de fisonmía amable; era ésta Teresa, madre de Carlos. Su rostro, aunque rugado por la edad tenía cierto atractivo; traía un vestido color de pasa y una cofia, traje sencillo, pero que correspondía perfectamente á su carácter.

Catalina se adelantó á recibirlos, y luego que Carlos la percibió, dijo á su madre:

—Aquí teneis á la mujer á cuyo lado lo-graré la felicidad.

Esta se ruborizó, é hizo una modesta

cortesía, pero Teresa se dirigió á ella tendiendo los brazos, y le dijo:

—Ven á mi seno, hija querida, tú cuidarás de mi vejez.

Ambas se estrecharon y Carlos, que presenciaba esta escena, no podía ocultar su regocijo. Desde aquel instante sólo se trató de abandonar aquel sitio que tanto tiempo había sido testigo de las caricias de los dos amantes.

Una hora después todos entraron en el carruaje que se alejó velozmente, y Teodoro lo seguía en su hermoso alazán. Caminaron algún tiempo, y ya era bien entrada la noche, cuando el coche se detuvo delante de una soberbia casa, situada en una de las mejores calles de México; entraron en ella, y Catalina se sorprendió al saber que una numerosa concurrencia los esperaba; le hicieron entrar en una alcoba, donde se hallaba junto al tocador un rico vestido de boda, y Carlos le suplicó se cambiara aquel por el que traía, pues en esa noche debían unirse para siempre.

Catalina, enagenada de placer, se adornó con aquel traje, y otras alhajas de gran precio, mientras Carlos hacia otro tanto, y ambos se presentaron en la sala, donde se les esperaba para dar principio á la ceremonia; concluída ésta, los concurrentes se retiraron, y ellos se fueron á descansar de las fatigas pasadas.

VI

EL FRACTICIDIO

Un año había transcurrido, en el que los dos amantes gozando de una tranquilidad perfecta, habían olvidado los acontecimientos pasados. Un hijo, fruto de su amor, era el único objeto de sus desvelos, y nada tenían que perturbara su dicha.

Un día se presentó en su casa un hombre que solicitaba hablar á Carlos, éste vino, y Leonardo entró en la sala. Ya no era aquel Leonardo envidioso y terrible, sino un hermano amable, moderado, que venía á suplicar á Carlos le perdonara sus faltas, y ayudara con sus ruegos para que Catalina hiciese lo mismo; Carlos era generoso, no tuvo embarazo alguno en perdonarle, y Catalina persuadida por él, accedió con gusto. Leonardo enternecido manifestó su reconocimiento, ocultando cuanto podía sus siniestros proyectos, y conviniendo pasar con ellos el resto del día.

Llegó la noche, y Carlos se sentó junto á una mesa, á arreglar algunos papeles concernientes á asuntos de familia; había pasado media hora en aquella ocupación, cuando Leonardo le habló de esta manera:

—¿Recuerdas, hermano mío, aquella fa-

tal noche en que te había privado cruelmente de tu querida esposa? pues bien, desde esa noche terrible que siempre ha estado en mi memoria, hice un juramento que no he cumplido aún, y que no descansaré hasta cumplirlo.

Mientras hablaba así, había sacado un puñal que traía oculto, lo que no había percibido Carlos, por estar ocupado como antes se ha dicho, y sin dirigir preguntó:

—¿Cuál es ese juramento?

—El de matarte, contestó Leonardo, hundiéndole al mismo tiempo el puñal en el pecho. Carlos cayó de espaldas revolcándose en su sangre y exclamando:

—¡Asesino de tu hermano, yo te perdono!

—¡Muere! ¡infame! gritó Leonardo, en cuyos labios retozaba una sonrisa convulsiva; muere, y no me perdones, que poco me importa, sólo quiero advertirte, que yo seré el poseedor de Catalina, á la que haré sufrir espantosos martirios para que mi venganza sea completa.

—¡Por compasión, ten... piedad... de... ella! fueron las últimas palabras que Carlos pronunció, y exhaló el postrer aliento. Catalina se presentó en aquel instante en la sala, y á la vista de aquel espectáculo lanzó un agudo grito, sus fuerzas la abandonaron, y cayó desmayada junto al cadáver de su esposo.

Leonardo la tomó en sus brazos, iba á huir tal vez con ella, cuando á los gritos que se habían escuchado un rato antes, los criados alarmados acudieron, y encontrando al asesino con el puñal ensangrentado en la mano, y á Catalina desmayada en sus brazos, lo rodearon al momento preguntando:

—¿Quién ha sido el asesino?

Y él en medio de su delirio exclamó:

—¡Yo! ¿y qué quereis?

—Poneros en manos de la justicia, contestaron indignados.

—Pues bien, replicó, llevadme; pero antes no dejaré con vida á la que adoro, dijo, y hundió el mortífero acero que aún tenía en su mano, en el pecho de la desgraciada Catalina: ésta hizo un sólo movimiento convulsivo, lanzó un ahogado gemido y expiró.

Los que estaban presentes bien hubieran querido evitar este segundo asesinato, pero no les fué posible por tener Leonardo en sus brazos á Catalina. Al momento todos los vecinos acudieron, y á pesar de su resistencia lo condujeron ante la justicia.

Pocos días después se escuchaba por todas partes el grito de "El diario del ahorcado" y en un cadalso situado en el Egido se hallaba el cadáver de un ajusticiado. Era Leonardo.

El Martir de la Angostura

M. TREJO.